

CELEBRAR



El lector y el animador

EL LECTOR

La liturgia de la Palabra

La liturgia de la Palabra es una celebración. Es necesario, por tanto, que se note que *celebramos* la Palabra, como después *celebraremos* la Eucaristía.

Así pues, no es

- ni un rato de lecturas atropelladas que se ponen antes de la homilía y de la celebración eucarística;
- ni una reunión de instrucción o de discusión que después concluirá con los ritos eucarísticos (que quedarán así minusvalorados, porque no son tan “instructivos”).

Sino que

- la liturgia de la Palabra es la “primera mesa” de la celebración. Después vendrá la segunda, la “mesa del Pan”. Ambas, juntas y equilibradas, constituyen el encuentro dominical cristiano.
- la liturgia de la Palabra, como celebración que es, recuerda y actualiza la fuerza salvadora de Dios en la historia, e invita a responder a ella y a acogerla en la propia vida, personal y comunitaria.
- la liturgia de la Palabra pone ante los ojos, cada domingo, algunos de los aspectos de esta obra salvadora, y hace que se le

preste especial atención. Y bajo estos aspectos invita entonces a entrar en la actualización sacramental de la salvación, la Eucaristía. Así, la liturgia de la Palabra hace que la Eucaristía de cada domingo sea diferente. Y es por la Palabra que unas Eucaristías son más importantes que otras (es la liturgia de la Palabra lo que distingue decisivamente el domingo de Pascua de un domingo del tiempo ordinario, por ejemplo).

- la liturgia de la Palabra penetra en el corazón de la asamblea gracias a un conjunto amplio de factores, de ambiente, y no exclusivamente por la comprensión intelectual total de lo que se lee. Así pues, no se trata de suprimir lecturas “porque no se entienden”, ni hay que pretender explicarlas línea a línea. Una proclamación bien hecha de las lecturas hace que entren adentro, las siembra dentro del oyente aunque este no se dé cuenta de manera plena. Es la impregnación dominical de la Palabra.
- la liturgia de la Palabra, en definitiva, tiene que realizarse de tal manera que pueda ser acogida por los que participan en ella como lo que realmente es. Es preciso que las lecturas sean bien proclamadas, que haya espacios de contemplación y oración, que el canto exprese la participación en lo que se lee, que la homilía actualice significativamente lo que se ha leído.

El lector

- Leer las lecturas no es una tarea del presidente de la celebración, sino de otro ministro: el lector.
- Hacer de lector es una tarea importante dentro de la asamblea. Los que la realizan deben ser conscientes de ello, y vivir el gozo y a la vez la responsabilidad de ser los que harán posible que la asamblea reciba y celebre aquella Palabra con la cual

Dios habla a sus fieles, aquellos textos que son como los textos constituyentes de la fe.

- El ministerio de lector corresponde, en primer lugar, a quienes oficialmente han sido “instituidos” como tales: no significa que estos tengan que leer siempre, sino que conviene que lo hagan en las ocasiones más relevantes y que se preocupen de que la Palabra de Dios sea bien proclamada y recibida por la asamblea.
- Pero en la mayoría de lugares no existe este ministerio instituido. Entonces los lectores serán cualquier miembro de la asamblea que lo pueda hacer de manera adecuada. El hecho de que cristianos de distintas edades y condiciones, que participan en distintas tareas de la comunidad, puedan leer la Palabra de Dios, da una buena imagen de lo que la comunidad cristiana es.
- En este sentido, por tanto, será conveniente que los lectores no sean siempre los mismos cada domingo. Pero aquí tiene que funcionar un criterio de equilibrio. Porque si es un valor que participen diversidad de personas, también es otro valor muy importante lograr que las lecturas se proclamen bien. De modo que más vale escoger buenos lectores, aunque sean pocos, que no hacer leer a gente que no sabe, solo porque “así participa más gente”: la participación no consiste solo en subir al presbiterio; ¡también es participación poder escuchar atentamente unas lecturas bien proclamadas! Pero entonces, claro está, para que este criterio de equilibrio sea real y auténtico, es preciso no dormirse: hay que mantener permanentemente el esfuerzo de hacer posible que crezca el número de gente preparada para leer; gente que comenzará sin saber mucho, pero que, entre la práctica y las sesiones de aprendizaje, irá haciéndolo mejor.
- Sobre cómo hay que tomarse la tarea de lector, la “Ordenación de las lecturas de la misa” dice, en el n. 55:

“Para que los fieles conciban en su espíritu un afecto profundo y vivo hacia la Sagrada Escritura por el hecho de escuchar las lecturas divinas, es necesario que los lectores que ejercen este ministerio tengan realmente aptitudes para la lectura y estén bien preparados. Esta preparación tiene que ser ante todo espiritual, pero también es necesaria la preparación técnica.

La preparación espiritual presupone, al menos, una doble instrucción bíblica y litúrgica. La instrucción bíblica tiene que apuntar a hacer que los lectores estén capacitados para percibir el sentido de las lecturas en su propio contexto y para entender a la luz de la fe el mensaje revelado. La instrucción litúrgica tiene que facilitar a los lectores una cierta percepción del sentido y de la estructura de la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística.

La preparación técnica tiene que hacer que los lectores sean cada día más aptos para el arte de leer ante el pueblo, ya sea de viva voz, ya sea por el micrófono”.

- Este texto, que quizá habrá asustado a alguien (“¡si yo no estoy tan preparado como dice aquí, no puedo leer!”), tendría que ser un estímulo, no una barrera; un camino a recorrer, que cada persona y cada comunidad recorrerá al ritmo que pueda. Porque siempre tenemos que querer hacer mejor lo que hacemos, y siempre tenemos que querer vivir mejor lo que hacemos, y con mayor razón cuando se trata de nuestra vida cristiana, personal y comunitaria.
- La preparación espiritual tendrá que consistir, sobre todo, en tener ganas de conocer mejor lo que se lee. Leérselo antes, querer entenderlo bien... A algún lector, quizá, su tarea le llevará a procurarse alguna introducción a la Sagrada Escritura... En cualquier caso será bueno que quienes ejerzan como lectores tengan en casa un misalito manual con las lecturas de cada

domingo, y que se las lean antes, lo mismo si aquel domingo les toca proclamarlas como si no. Y será bueno también que, para conocer mejor el sentido de la celebración eucarística y de sus diversos pasos, lean algún día las varias publicaciones que los explican: por ejemplo, dentro de la colección “Dossiers CPL” los titulados *La misa dominical, paso a paso* y *Claves para la Eucaristía*; por ejemplo, también, el libro de Pierre Jounel publicado por la editorial Herder *La misa, ayer y hoy*; o, al menos, el repaso de toda la celebración que se encuentra en la segunda parte de este librito.

- La preparación técnica consistirá en querer saber leer mejor cada día. A continuación vendrán algunos consejos para este mejoramiento en la lectura. Pero seguramente hay algo que es todavía más importante: el ensayo, el aprendizaje en común. De manera que, para ayudarnos entre todos a tener en la comunidad una cantera de buenos lectores, será bueno hacer de vez en cuando algunas sesiones de adiestramiento entre aquellos que habitualmente leen en las celebraciones: para leer con seguridad y sin miedo, para leer sin prisas, para saber ponerse ante el micrófono, para aprender a vocalizar... Todo esto convendrá hacerlo normalmente en la misma iglesia, en el lugar propio de las lecturas.

Cómo hacer las lecturas

- En la segunda parte de este librito se presenta el repaso de la estructura de toda la liturgia de la Palabra, con observaciones a tener en cuenta para quien tenga que hacer de lector. Pero aquí señalaremos algunas cuestiones más específicas.
- El lector de la primera lectura sube al ambón después de la oración colecta, cuando todo el mundo se sienta, y no durante

la oración. Si antes de la lectura tiene que haber una monición, puede subir antes de esta y quedarse de pie y quieto en el lugar de la lectura mientras se lee la monición, o subir después de la monición. Y siempre sin prisas y sin atolondramiento. Al acabar la lectura, dice “Palabra de Dios” mirando a la gente, escucha la respuesta de la asamblea, y baja igualmente sin prisas.

- A continuación (y también antes o después de la monición correspondiente, si la hay) sube quien tiene que proclamar las estrofas del salmo. Si las estrofas son cantadas, él mismo canta la antifona, el pueblo la repite, y él va cantando las estrofas. Si las estrofas no son cantadas sino recitadas (¡pero bien recitadas, de manera que la asamblea puede adherirse al carácter de oración que deben tener!), la antifona de respuesta la canta también el mismo que leerá las estrofas, el pueblo la repite, y se va alternando con las estrofas (si el que lee las estrofas no sabe cantar, es mejor que cante la antifona el director de cantos). Sin embargo, si es necesario, las estrofas del salmo puede proclamarlas también quien ha leído la primera lectura.
- A continuación, sube el que tiene que leer la segunda lectura, y hace lo mismo que el de la primera. Pero, al terminar, no se queda en el ambón para leer el versículo del aleluya: esta costumbre, introducida en algunos lugares, no es adecuada, ya que el versículo introduce al evangelio, y no tiene ninguna relación con la segunda lectura; este versículo, si se lee, puede hacerlo el mismo que dirige el canto del aleluya.
- Las lecturas comienzan siempre con las palabras: “Lectura del libro del profeta Tal”, o “Lectura de la carta del apóstol Cual”. No se tiene que leer, por lo tanto, la letra roja del comienzo, es decir, no se tiene que comenzar diciendo: “Primera (o segunda) lectura”. Ni tiene que leerse la frase en rojo que resume el sentido de la lectura.

- Al final se dice “Palabra de Dios”. Es una expresión de aclamación que invita a la respuesta del pueblo: “Te alabamos, Señor”. Conviene decirla, por tanto, mirando a la gente y habiendo hecho una breve pausa después de acabar la lectura. Y lo que habría que abandonar es la costumbre que se ha extendido en algunos lugares de cambiar esta aclamación con una especie de fórmula explicativa: “Es Palabra de Dios”: ¡no se trata de una explicación, sino de una aclamación! De hecho, para resaltar este sentido aclamatorio, especialmente en las fiestas principales, sería bueno cantarla: esto pondría más de relieve el carácter de celebración –y no de simple instrucción– que la liturgia de la Palabra tiene.
- El salmo responsorial tampoco se tiene que comenzar diciendo “Salmo responsorial”, sino que se tiene que comenzar directamente con el canto de la antífona y a continuación enlazar la proclamación de las estrofas, sin título de ninguna clase. Tampoco se leerá (como si fuera una estrofa más) el versículo de respuesta: este versículo queda sustituido por la antífona, aunque la antífona tenga un texto distinto.
- Y finalmente, una observación importante: el libro para leer las lecturas es el Leccionario, no la Hoja Diocesana ni ningún otro papel similar. El Leccionario tiene la letra más grande, más bien distribuida, más fácil de leer... Y sobre todo, el Leccionario da imagen de algo relevante, algo que indica la importancia de lo que leemos, lo que, naturalmente, no sucede con la Hoja o con los papeles.

Once consejos para el buen lector

1. Leerse la lectura antes. Si puede ser, en voz alta y un par de veces. Leerla para entender bien su sentido, y para ver qué

entonación hay que dar a cada frase, cuáles son las frases que hay que resaltar, donde están los puntos y las comas, con qué palabras puede uno tropezar, etc.

2. Estar a punto y acercarse al ambón en el momento oportuno, es decir, no cuando se está diciendo o cantando otra cosa. Y procurar que no se tenga que venir desde un lugar apartado de la iglesia: si es necesario, acercarse discretamente antes del momento de subir.
3. Cuando se está ante el ambón, vigilar la posición del cuerpo. No se trata de adoptar posturas rígidas, ¡pero tampoco será bueno leer con las manos en los bolsillos o con las piernas cruzadas...!
4. Situar a distancia adecuada del micrófono para que se oiga bien. Ya que por culpa de la distancia muy a menudo se oye mal. No empezar, por lo tanto, hasta que el micrófono esté a la medida del lector (y saber cual es la medida correcta tiene que haberse aprendido antes: a un palmo de la boca suele ser la colocación adecuada). Y recordar que los golpes que se dan o los ruidos que se hacen ante el micrófono se amplifican...
5. No comenzar nunca sin que haya absoluto silencio y la gente esté realmente atenta.
6. Leer despacio. El principal defecto de los lectores en este país de nervios y de nula educación para la actuación pública es precisamente este: leer deprisa. Si se lee deprisa, la gente quizá sí que con esfuerzo conseguirá entendernos, pero lo que leemos no entrará en su interior. Recordémoslo: este acostumbra a ser nuestro principal defecto.
7. Además de leer despacio, hay que mantener un tono general de calma. Hay que desterrar el estilo de lector que sube aprisa, empieza la lectura sin mirar a la gente, y al acabar huye más

aprisa todavía. Y no: se trata de llegar al ambón, respirar antes de empezar a leer, leer haciendo pausas en las comas y haciendo una respiración completa en cada punto, hacer una pausa al final antes de decir “Palabra de Dios”, escuchar desde el ambón la respuesta del pueblo, y volver al asiento. Aprender a leer sin prisas, con aplomo y seguridad, ciertamente cuesta: por eso es importante hacer cuantos ensayos y pruebas sean necesarios: ¡es la única forma!

8. Vocalizar. Es decir: resaltar cada sílaba, mover los labios y la boca, no atropellarse. Sin afectación ni comedia, pero recordando que se está “actuando” en público, y que el público tiene que captarlo bien. Y una actuación en público es distinta de una conversación de calle.
9. No bajar el tono en los finales de frase. Las últimas sílabas de cada frase tienen que oírse igual de bien que todas las demás. Y, en cambio, resulta que a menudo en estas sílabas se baja el tono y se hacen ininteligibles.
10. Procurar leer con la cabeza alta. La voz resulta más fácil de captar y el tono más alto. Si es necesario, coger el libro, levantándolo, para no tener que bajar la cabeza.
11. Antes de comenzar la lectura, mirar a la gente. Al final, decir “Palabra de Dios” mirando a la gente. Y a lo largo de la lectura, si sale natural, mirar también de vez en cuando. Estas miradas en medio de la lectura no tienen que imponerse como una obligación: si no sale natural, es mejor limitarse a mirar al principio y al final, y el resto del tiempo concentrarse en leer bien. Pero si nos resulta fácil, puede ser útil hacerlo, especialmente en las frases más relevantes: ayuda a resaltarlas, a crear clima comunicativo, y a leer más despacio.

ALGUNOS MATERIALES ÚTILES

En esta misma colección “Celebrar”:

- *Cómo escoger y dirigir los cantos*. Observaciones, sugerencias, ideas sobre este aspecto fundamental en la animación de la celebración.
- *Celebrar el año litúrgico*. Para conocer mejor, y celebrar mejor, los distintos tiempos litúrgicos. Con sugerencias concretas.
- *Todos somos sacristanes*. Todo lo que hay que tener en cuenta para que nuestras celebraciones se puedan vivir con toda su riqueza.
- *¡Hagámoslo bien!* Consejos prácticos para la celebración de la misa.

En la colección “Dossiers CPL”, del Centre de Pastoral Litúrgica:

- *La misa dominical, paso a paso*. Un repaso amplio y detenido de la celebración, con sugerencias y observaciones.
- *Claves de la Eucaristía*. Explicación catequética del sentido de los distintos momentos de la celebración eucarística.
- *La misa, sencillamente*. Una buena presentación del sentido de la celebración de la Eucaristía, de su origen, de su vinculación con nuestra vida, de su desarrollo.
- *Ministerios de laicos*. Repaso, explicación y sugerencias sobre los distintos ministerios y actuaciones de los laicos en la celebración litúrgica.
- *Ministerios*. Una formación asequible para todos, que puede ser un buen instrumento para trabajar en la comunidad cristiana con el fin de que las celebraciones sean bien preparadas y celebradas.

- *Comprender la misa*. Para conocer mejor el sentido de la Eucaristía y de cada uno de sus elementos, además de aportarnos sugerencias prácticas para vivir a fondo nuestras celebraciones.

Una publicación periódica, también del Centre de Pastoral Litúrgica:

- *Misa Dominical*. Contiene las hojas de moniciones y plegarias para cada domingo, orientaciones para la celebración y para la homilía, y otras sugerencias y materiales.